

PIOTR KROPOTKIN
El apoyo mutuo
Un factor de evolución

seguido de
Charles Darwin

Con prólogo de ASHLEY MONTAGU
Y un epílogo de CARLOS VAREA

ÍNDICE

PRÓLOGO. Ashley Montagu	7
PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1922	II
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO I	
La ayuda mutua entre los animales	29
<i>La lucha por la existencia — La ayuda mutua, ley de la naturaleza y principal condición del desarrollo progresivo — Invertebrados — Hormigas y abejas — Las aves: sus asociaciones para la caza y la pesca — Sociabilidad — Protección mutua entre las aves pequeñas — Grullas, papagayos</i>	
CAPÍTULO II	
La ayuda mutua entre los animales (continuación)	63
<i>Migraciones de las aves — Asociaciones de crianza — Asociaciones otoñales — Mamíferos: número reducido de las especies no sociables. Asociaciones de caza de lobos, leones, etc. — Asociaciones de roedores, de rumiantes, de monos — La ayuda mutua en la lucha por la vida — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida dentro de una especie — Límites naturales a la superpoblación — La supuesta exterminación de eslabones intermedios — Eliminación de la competencia en la naturaleza</i>	
CAPÍTULO III	
La ayuda mutua entre los salvajes	113
<i>La supuesta guerra de cada uno contra todos — Origen tribal de la sociedad humana — Aparición tardía de la familia separada — Bosquimanos y ho-</i>	

tentotes — Australianos, papúes — Esquimales, aleutas — Rasgos de la vida de los salvajes difícilmente comprensibles para los europeos — La concepción de la justicia entre los dayacos — El derecho común

CAPÍTULO IV

La ayuda mutua entre los bárbaros 157

Las grandes migraciones — Necesidad de una nueva organización — La comuna aldeana — El trabajo comunal — Procedimiento judicial — Derecho intertribal — Ilustraciones tomadas de la vida de nuestros contemporáneos — Buriatos — Kabilas — Montañeses caucásicos — Tribus africanas

CAPÍTULO V

La ayuda mutua en la ciudad medieval 197

Nacimiento y desarrollo de la autoridad en la ciudad bárbara — La esclavitud en las aldeas — Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus cartas — Los gremios — El doble origen de la ciudad medieval libre — Autojurisdicción, autoadministración — Posición honorable ocupada por el trabajo — El comercio efectuado por los gremios y la ciudad

CAPÍTULO VI

La ayuda mutua en la ciudad medieval (continuación) 233

Semejanzas y diferencias entre las ciudades medievales — Gremios de oficios: atributos del Estado en cada una de ellos — Relaciones de la ciudad con los campesinos; tentativas de liberarlos — Los señores feudales — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en el campo de las artes y la educación — Causas de la decadencia

CAPÍTULO VII

La ayuda mutua en la sociedad moderna 271

Las revueltas populares al principio del período estatal — Las instituciones de ayuda mutua en el presente — La comuna aldeana: su lucha contra el Estado que trata de destruirla — Hábitos conservados desde el período de la comuna aldeana y mantenidos en las aldeas hasta el presente — Suiza, Francia, Alemania, Rusia

CAPÍTULO VIII

La ayuda mutua en la sociedad moderna (*continuación*) 313

Crecimiento de las uniones obreras después de la destrucción de los gremios por el Estado — Su lucha — La ayuda mutua en las huelgas — La cooperativa — Uniones libres con diferentes fines — Espíritu de sacrificio — Las innumerables sociedades para la acción común con toda clase de fines — La ayuda mutua entre la población más pobre de las ciudades — La ayuda personal

Conclusión 345

Apéndices 353

- I. ENJAMBRES DE MARIPOSAS, LIBÉLULAS, ETC. 355
- II. LAS HORMIGAS 355
- III. LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS GORRIONES 358
- IV. SOCIEDADES PARA EL ANIDAMIENTO 359
- V. ¿AYUDAN LAS AVES GRANDES A LAS PEQUEÑAS DURANTE LAS MIGRACIONES? 360
- VI. NÚMERO DE ANIMALES SOCIABLES EN EL ÁFRICA ECUATORIAL 362
- VII. LA SOCIABILIDAD DE LOS ANIMALES 364
- VIII. LOS ORANGUTANES FUERON MÁS SOCIABLES EN OTROS TIEMPOS 365
- IX. OBSTÁCULOS A LA SUPERMULTIPLICACIÓN 366
- X. ADAPTACIONES PARA EVITAR LA LUCHA POR LA EXISTENCIA 368
- XI. ORIGEN DE LA FAMILIA 370
- XII. DESTRUCCIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA SOBRE LA TUMBA 376
- XIII. LA FAMILIA NUCLEAR 377
- XIV. ORIGEN DE LOS GREMIOS 377

XV. EL MERCADO Y LA CIUDAD MEDIEVAL	381
XVI. LA COMUNA ALDEANA EN INGLATERRA. LAS HUELLAS PRESENTES	382
XVII. SOBRE LA COMUNA ALDEANA EN SUIZA	385
XVIII. MÁS EJEMPLOS DE LA AYUDA MUTUA QUE EXISTE ACTUALMENTE EN LAS ALDEAS DE HOLANDA	387
XIX. LA COOPERATIVA EN RUSIA	388
 CHARLES DARWIN. Piotr Kropotkin	 391
 Epílogo	
KROPOTKIN, DARWIN Y LA EVOLUCIÓN HUMANA. Carlos Varea	 401

PRÓLOGO

EL APOYO MUTUO, DE Kropotkin, es uno de los grandes libros universales. Un hecho que evidencia tal afirmación es que continúa siendo reeditado y que constantemente se encuentra agotado. Es un libro que siempre ha sido difícil de conseguir, incluso en bibliotecas, ya que parece estar en demanda permanente.

Cuando Kropotkin decidió marchar a Siberia, en julio de 1862, la geografía, zoología, botánica y antropología de esta región eran escasamente conocidas. Allí, su trabajo de investigación en este tema fue sobresaliente. Las publicaciones resultantes de sus observaciones meteorológicas y geográficas fueron publicadas por la Sociedad Geográfica Rusa, y por este trabajo Kropotkin recibió una de sus medallas de oro. La teoría kropotkiniana sobre el desarrollo de la estructura geográfica de Asia representó una de las grandes generalizaciones de la geografía científica, y es suficiente como para otorgarle un lugar permanente en la historia de esta ciencia. Kropotkin mantuvo a lo largo de toda su vida un interés activo por esta ciencia, y además de muchas conferencias sobre el tema, artículos en revistas científicas y publicaciones de carácter general, escribió artículos geográficos en la Geografía Universal de Reclus, la Enciclopedia Chambers y la Enciclopedia Británica.

El trabajo de Kropotkin en zoología fue principalmente el de un naturalista de campo. De 1862 a 1866, año en que marchó de Siberia, Kropotkin aprovechó al máximo las oportunidades que tuvo para estudiar la vida de la naturaleza. Bajo la influencia de El origen de las especies de Darwin (1859), Kropotkin, como nos cuenta en el primer párrafo del presente libro, buscó atentamente «esa amarga lucha por la subsistencia entre animales de la misma especie» que era considerada por la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre por Darwin

mismo) como la característica dominante de la lucha por la vida y el principal factor de la evolución.

Lo que Kropotkin vio con sus propios ojos sobre el terreno le condujo a plantearse ciertas dudas de importancia en lo que concierne a la teoría de Darwin, dudas que no llegarían, sin embargo, a encontrar expresión plena hasta que T. H. Huxley, en su famoso Manifiesto de la lucha por la existencia (titulado originalmente: La lucha por la existencia: un programa) le dio ocasión para ello.

Otro gran cambio operado en Kropotkin durante su experiencia siberiana fue su toma de conciencia de la «absoluta imposibilidad de hacer nada realmente útil para el pueblo por medio de la maquinaria administrativa». «De este engaño —escribe en sus Memorias— me desprendí para siempre... en Siberia abandoné cualquier tipo de fe en la disciplina estatal que antes hubiera podido tener. Estaba preparado para convertirme en un anarquista». Y en un anarquista se convirtió, y permaneció siéndolo el resto de su vida.

Viviendo entre los nativos de Siberia a lo largo de las riberas del Amur, Kropotkin descubrió impresionado el papel que las masas desconocidas juegan en el desarrollo y realización de todos los acontecimientos históricos. «Desde los diecinueve a los veinticinco años —escribe—, tuve que proyectar importantes planes de reforma, tratar con cientos de hombres en el Amur, preparar y llevar a cabo arriesgadas expediciones con medios ridículamente pequeños, etc. Si todas estas cosas terminaron con mayor o menor éxito lo achaco únicamente al hecho de que pronto comprendí que en el trabajo serio el mando y la disciplina sirven para poco. En todas partes se necesitan hombres de iniciativa; pero una vez que el impulso ha sido dado, la empresa debe ser conducida, especialmente en Rusia, no al modo militar, sino de manera comunal por medio del entendimiento común. Yo desearía que todos los creadores de planes de disciplina pudieran pasar por la escuela de la vida antes de empezar a proyectar sus utopías estatales. Entonces observaríamos muchos menos esfuerzos de organización militar y piramidal de la sociedad que en la actualidad».

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1920

MIS INVESTIGACIONES SOBRE LA ayuda mutua entre los animales y entre los hombres se imprimieron por primera vez en la revista inglesa *The Nineteenth Century*. Los dos primeros capítulos sobre la sociabilidad en los animales y sobre la fuerza adquirida por las especies sociables en la lucha por la existencia eran respuesta al artículo del conocido fisiólogo y darwinista Huxley, aparecido en *The Nineteenth Century* en febrero de 1888 y titulado *La lucha por la existencia: un programa*, donde se pintaba la vida de los animales como una lucha desesperada de uno contra todos. Después de la aparición de mis dos artículos, donde refuté esa opinión, el editor de la revista, James Knowles, expresando mucha simpatía hacia mi trabajo y rogándome que lo continuara observó: «Es indudable que usted ha demostrado su posición en cuanto a los animales, pero ¿cuál es su posición con respecto al hombre primitivo?». Esta observación me alegró mucho ya que indudablemente reflejaba no solo la opinión de Knowles, sino también la de Herbert Spencer, con el cual Knowles se veía a menudo en Brighton, donde ambos vivían muy próximos. El reconocimiento por parte de Spencer de la ayuda mutua y su significado en la lucha por la existencia era muy importante. En cuanto a sus opiniones sobre el hombre primitivo, era sabido que estaban formadas a partir de las deducciones falsas acerca de los salvajes hechas por los misioneros y los viajeros ocasionales del siglo XVIII y principios del XIX. Estos datos fueron reunidos para Spencer por tres de sus colaboradores, y publicados por ellos mismos bajo el título de *Datos de la Sociología* en ocho grandes tomos. Basándose en ellos escribió él su obra *Bases de la Sociología*.

Sobre la cuestión del hombre respondí también en dos artículos en los que, después de un estudio cuidadoso de la rica literatura moderna sobre las complejas instituciones de la vida tribal que los primeros viajeros y misioneros no podían conocer, describí estas instituciones entre los salvajes y los llamados «bárbaros». Esta obra, y especialmente el conocimiento de la comuna rural a principios de la Edad Media (que desempeñó un papel tan grande en el desarrollo de la civilización que nuevamente renacía), me condujeron al estudio de la etapa siguiente, aún más importante, del desarrollo en Europa de la ciudad medieval libre y sus gremios de artesanos. Después señalé el papel corruptor del Estado militar en la destrucción del libre desarrollo de las ciudades libres, sus artes, oficios, ciencias y comercio, y mostré en el último artículo que, a pesar de la descomposición de las federaciones y uniones libres por la centralización estatal, estas federaciones y uniones comienzan a desarrollarse de nuevo con fuerza y a apoderarse de más amplios dominios. «La ayuda mutua en la sociedad moderna» constituyó, de tal modo, el último artículo de mi obra sobre la ayuda mutua.

Al editar estos artículos en libro introduje algunos agregados esenciales, especialmente acerca de mis opiniones con respecto a la lucha darwiniana por la existencia; y en los apéndices cité algunos hechos nuevos y analicé algunas cuestiones que, a causa de su brevedad, hube de omitir en los artículos de la revista.

Ninguna de las ediciones en lenguas europeas occidentales, y tampoco las escandinavas y polacas, fueron hechas a partir de los artículos, sino del libro, y es por ello que contenían los agregados hechos en el texto y los apéndices. De las traducciones rusas solo una, aparecida en 1907 en la editorial Conocimientos (*Znania*) era completa. Además introduje varios apéndices nuevos, basados en obras de más reciente aparición, sobre la ayuda mutua entre los animales y sobre la propiedad comunal de la tierra en Inglaterra y Suiza. Las otras ediciones rusas fueron hechas de los artículos de la

revista inglesa, y no del libro, y por ello no tienen los agregados hechos por mí en el texto o bien se han omitido los apéndices. La edición que se ofrece ahora contiene completos todos los agregados y apéndices, y he revisado nuevamente todo el texto y la traducción.

P. K.
Dmítrov, marzo 1920

INTRODUCCIÓN

DURANTE LOS VIAJES QUE hice en mi juventud por Siberia Oriental y el norte de Manchuria, dos rasgos característicos de la vida animal llamaron poderosamente mi atención. Uno de ellos fue la extraordinaria dureza de la lucha por la existencia que la mayoría de las especies animales debían sostener allí contra la naturaleza inclemente; la enorme destrucción de vida que, debida a causas naturales, llevaba periódicamente la penuria y la despoblación a los vastos territorios que observaba.

La otra particularidad era que, aun en aquellos pocos puntos aislados en los que la vida animal se mostraba en abundancia, no encontré —a pesar de haber buscado atentamente sus rastros— aquella lucha cruel por los medios de subsistencia entre animales pertenecientes a una misma especie que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin) consideraban como el rasgo predominante y característico de la lucha por la vida y el principal agente de la evolución, así como la principal fuerza activa del desarrollo gradual en el mundo de los animales.

Las terribles tormentas de nieve que azotan el norte de Eurasia al final del invierno y la congelación que a menudo les sucede; las nevadas que se repiten todos los años en la primera quincena de mayo cuando los árboles están en plena floración y la vida de los insectos en todo su apogeo; las heladas tempranas y, ocasionalmente, las nevadas abundantes que caen incluso en julio y en agosto y que súbitamente aniquilan no solo a las miríadas de insectos, sino también la segunda nidada de las aves; las lluvias torrenciales provocadas por los monzones que caen en agosto y septiembre en las regiones más templadas del Amur y el Usuri

CAPÍTULO I

La ayuda mutua entre los animales

La lucha por la existencia — La ayuda mutua, ley de la naturaleza y principal condición del desarrollo progresivo — Invertebrados — Hormigas y abejas — Las aves: sus asociaciones para la caza y la pesca — Sociabilidad — Protección mutua entre las aves pequeñas — Grullas, papagayos

LA IDEA DE LA lucha por la existencia como factor de evolución, introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos ha permitido abarcar en una única generalización un vastísimo conjunto de fenómenos que pronto se ha convertido en la base de todas nuestras teorías filosóficas, biológicas y sociales. Un enorme número de los más diferentes hechos que antes explicábamos cada uno por separado, tales como la adaptación de los seres vivientes a su medio ambiente, su evolución anatómica y fisiológica o el progreso intelectual y el mismo desarrollo moral, empezaron a aparecernos como parte de un proceso común desde el momento en que fueron agrupados por Darwin en una amplia generalización. Comenzamos a comprenderlos como una serie de esfuerzos ininterrumpidos —como una lucha contra diferentes circunstancias adversas— que conduce al desarrollo de individuos, razas, especies y sociedades tales que representarían la mayor plenitud, variedad e intensidad de la vida.

Es muy posible que al comienzo de sus trabajos el mismo Darwin no tuviera conciencia de toda la importancia y generalidad de aquel fenómeno, la lucha por la existencia, al que recurrió buscando la explicación de un grupo concreto de hechos: la acu-

mulación de desviaciones individuales que se producen a partir de una especie original y la formación de nuevas especies. Pero comprendió que el término que él introducía en la ciencia perdería su verdadero sentido filosófico si era comprendido exclusivamente y de forma limitada como mera lucha entre los individuos por los medios de subsistencia. Por eso, al comienzo mismo de su gran investigación sobre el origen de las especies, insistió en que se debe comprender «la lucha por la existencia en su sentido amplio y metafórico, es decir, incluyendo en él la dependencia de un ser viviente de los otros, y también (lo que es bastante más importante) no solo la vida del individuo mismo, sino también la posibilidad de que deje descendencia».³

De este modo, aunque el mismo Darwin utilizó la expresión «lucha por la existencia» preferentemente en su sentido más estricto, previno a sus sucesores en contra del error (en el cual parece que cayó él mismo durante una época) que suponía la comprensión demasiado estrecha de estas palabras. En su obra posterior, *El origen del hombre*, llegó a escribir varias páginas vigorosas para explicar el verdadero y más amplio sentido de esta lucha. Mostró cómo, en innumerables sociedades animales, la lucha por la existencia entre los individuos de estas sociedades desaparece completamente, y cómo la *lucha* es reemplazada por la *cooperación*, proceso que conduce al desarrollo de las facultades intelectuales y de las cualidades morales y que asegura a cada especie las mejores oportunidades para sobrevivir y perpetuarse. Señaló que en estos casos, aquéllos que son físicamente más fuertes, más astutos o más hábiles no se revelan en modo alguno como los «más aptos», sino que lo son aquellos que mejor saben unirse y apoyarse los unos a los otros —tanto los fuertes como los débiles— por el bienestar de toda su comunidad. «Aquellas comunidades —escribió— que

3 *El origen de las especies*, inicio del capítulo III.

CAPÍTULO II

La ayuda mutua entre los animales

(continuación)

Migraciones de las aves — Asociaciones de crianza — Asociaciones otoñales — Mamíferos: número reducido de las especies no sociables. Asociaciones de caza de lobos, leones, etc. — Asociaciones de roedores, de rumiantes, de monos — La ayuda mutua en la lucha por la vida — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida dentro de una especie — Límites naturales a la superpoblación — La supuesta exterminación de eslabones intermedios — Eliminación de la competencia en la naturaleza

APENAS VUELVE LA PRIMAVERA a la zona templada, miríadas de aves dispersas por los países cálidos del sur se reúnen en bandadas innumerables y se apresuran, llenas de alegre energía, a ir hacia el norte para criar su descendencia. Cada seto, cada bosquecillo, cada roca de la costa del océano, cada lago o estanque de los que están repletos el norte de América, el norte de Europa y el norte de Asia podrían decirnos, en esa época del año, qué representa la ayuda mutua en la vida de las aves; qué fuerza, qué energía y cuánta protección dan a cada ser viviente por débil e indefenso que sea.

Tomad, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas rusas o siberianas al principio de la primavera. Sus orillas están pobladas de miríadas de aves acuáticas, pertenecientes al menos a veinte especies diferentes que viven en pleno acuerdo y que se protegen entre sí constantemente. He aquí cómo describe Sévertsov uno de estos lagos:

El lago se halla oculto entre las arenas de color rojo amarillo, las talas verde oscuro y las cañas. Aquello es un hervidero de aves, un torbellino que nos marea... El aire, lleno de gaviotas (*Larus rudibundus*) y charranes comunes (*Sterna hirundo*) se conmueve con los sonoros gritos. Miles de avefrías recorren las orillas y silban... Más allá, un pato se mece con cada ola. En lo alto se extienden las bandadas de patos kazarki; y más abajo, de tanto en tanto, vuelan sobre el lago las águilas moteadas (*Aquila clanga*) y los busardos de pantano, seguidos inmediatamente por la bandada bullanguera de los pescadores. Mis ojos se fueron en pos de ellos.³⁵

Por todas partes bulle la vida. Pero he aquí que aparecen las rapaces, «las más fuertes y ágiles», como dice Huxley; y «perfectamente dotadas para el ataque», como afirma Sévertsov. Se oyen sus voces hambrientas y ávidas y sus gritos exasperados cuando durante horas enteras esperan una ocasión para atrapar, en esta masa de seres vivientes, siquiera un único individuo indefenso. No bien se aproxima, decenas de centinelas voluntarios avisan de su aparición, y pronto centenares de gaviotas y golondrinas marinas inician la persecución del rapaz. Enloquecido por el hambre, esta deja de lado finalmente sus precauciones habituales y se arroja de improviso sobre la masa de aves; pero es de nuevo obligada a retirarse al ser atacada desde todas direcciones. En un arranque de hambre desesperada, se arroja sobre los patos salvajes, pero si la rapaz es un águila pescadora las ingeniosas aves sociales rápidamente se reúnen en una bandada y huyen; si es un halcón, se zambullen en el lago; si es un buitre, levantan nubes de salpicaduras de agua y sumen a la rapaz en la más completa confusión.³⁶ Y mientras la vida continúa pululando en el lago como siempre, la rapaz huye con gritos coléricos en busca de carroña, o de algún

35 N. A. Syvertsov: *Fenómenos periódicos en la vida de los animales y aves en la Provincia de Voronezh*, Moscú, 1885, pág. 251.

36 Seyfferlitz: citado por Brehm, t. iv, parte II, págs. 289-290.

CHARLES DARWIN

Piotr Kropotkin¹

LA HUMANIDAD ACABA DE perder en la persona de Charles Darwin a un sabio que no solo dio una dirección verdaderamente científica y racional a las investigaciones sobre la ley del desarrollo de los seres organizados, sino también a aquel que contribuyó más eficazmente, quizá sin quererlo, a derribar los prejuicios religiosos y que ejerció una mayor influencia sobre el desarrollo del espíritu crítico y de demolición de nuestro siglo.

En su obra *El origen de las especies* y en toda la serie de trabajos que la siguieron, Darwin demostró y estableció científicamente que la inmensa variedad de formas animales y vegetales que podemos observar sobre nuestro globo terrestre no es la obra de un creador que se habría divertido en crear hoy un polípero, mañana un pez y pasado mañana un mono o un hombre. Darwin demostró que toda esta variedad de formas fue el resultado natural de la acción de fuerzas físicas actuando durante miles y millones de siglos, primero sobre las células más simples, después sobre las aglomeraciones de células y más tarde sobre los vegetales y los animales —simples al principio y cada vez más complejos conforme pasaban los siglos—, diversificándose según los diversos climas y medios en los que vivían y se propagaban.

Darwin demostró que el hombre, que siempre ha querido situarse fuera y por encima del mundo animal, ha tenido exactamente el mismo origen que el resto de los animales. La especie humana no es más que una especie de animales perfeccionados en relación con sus antepasados —no siendo este perfecciona-

miento sino una mejor adaptación al medio ambiente y un desarrollo de facultades y de estructuras favorables en la lucha por la existencia—. Durante un período de muchos centenares de siglos, el hombre y el mono tuvieron por antepasado común una especie animal que, al desarrollarse en direcciones diferentes, desembocó por un lado en el mono y por otro en el hombre. De este modo, el hombre y el mono son primos hermanos como lo son el caniche y el terranova. Pero lo que el arte ha logrado realizar con estas dos razas de perro lo ha hecho el desarrollo natural al producir estas otras dos especies: el hombre y el mono.

Hace veinte años, cuando los ateos discutían con los creyentes, estos últimos formulaban una pregunta que resultaba muy difícil de responder recurriendo a la ciencia. ¿Cómo es posible explicar que los animales y las plantas estén tan admirablemente adaptados al medio que habitan? ¿Cómo es posible que la garza esté tan bien hecha para habitar las marismas, el águila para la caza, el camello al desierto, el pez al agua, etc.? Darwin demostró que esta organización, adaptada al medio, es una consecuencia de la «selección natural», ayudada por la «lucha por la existencia». La influencia del medio produce primero ciertos cambios de organización; estos cambios se transmiten luego a las crías y en ellos se acentúan. La gacela que es un poco más ágil que las otras, el águila que tiene un ojo un poco más preciso o el camello un poco más capaz de soportar la sed tienen más posibilidades de sobrevivir en la lucha por la existencia y de dejar una descendencia que, al heredar sus cualidades, las desarrollará más ampliamente. Si hoy en día el camello está tan bien hecho para el desierto y la garza para la marisma es porque todos los que nacen mal adaptados al medio ambiente perecen o tiene menos oportunidades de dejar descendencia, mientras que los mejor adaptados sobreviven y dejan a sus pequeños, que se les parecen. El espíritu de un creador o de la naturaleza no tiene ningún papel aquí. Es el simple resultado de causas naturales.

KROPOTKIN, DARWIN Y LA EVOLUCIÓN HUMANA

Carlos Varea

VEINTE AÑOS SEPARAN LAS DOS obras de Piotr Alekséyevich Kropotkin incluidas en este volumen. Kropotkin tenía 40 años cuando escribió la nota necrológica sobre Charles Darwin que sigue a *El apoyo mutuo. Un factor de evolución* en esta edición. Entre un texto y otro la vida del exiliado ruso Kropotkin cambiará radicalmente, pasando esencialmente de ser la propia de un revolucionario a ser la de un intelectual. Científico prestigioso e influyente pensador revolucionario en vida, ambas facetas se entrelazarán durante su largo exilio en el Reino Unido entorno al evolucionismo y la poderosa influencia de Darwin, armónicamente, sin que hubiera de renunciar a una de ellas por la otra. Modelo de compromiso social y de rigor científico, regresar a Kropotkin es siempre estimulante y esperanzador.

El obituario que Kropotkin dedicó a Charles Darwin (inédito en castellano hasta esta edición)¹ fue publicado en la revista *Le Révolté* diez días después de que el científico británico falleciera, el 19 de abril de 1882, en su hogar de Down House. *Le Révolté* era una publicación anarquista («*Organe socialiste*»), se leía en su cabecera) editada en Ginebra, fundada pocos años atrás por el propio Kropotkin y otros intelectuales revolucionarios gracias al apoyo financiero de Elisée Reclus. El obituario llevaba el título de «Charles Darwin» y ocupaba toda la primera página de la revista. Kropotkin

1 P. Kropotkin, 1882. «Charles Darwin». *Le Révolte*, 5: 1.

tenía entonces 40 años y —como decíamos— habrían de transcurrir veinte años hasta la publicación en 1902 de *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Como señala Girón,² hasta este breve texto de homenaje a Darwin «[n]o hay evidencia alguna de cómo la Biología y la Política se están articulando en la cabeza de Kropotkin en aquellos años». Sin embargo, debido a su sólida formación liberal, Kropotkin fue desde su juventud un evolucionista convencido y un admirador de Charles Darwin. En su autobiografía,³ Kropotkin señala que antes de la aparición de *El origen de las especies* de Darwin (obra publicada en 1859) él y su hermano Alexander habían ya iniciado un debate sobre el origen, la transmisión y la perduración de la variabilidad biológica en las especies que mantendrían hasta el fallecimiento de Alexander en 1886, deportado en Siberia. Kropotkin tiene 17 años cuando Darwin publica su *El origen de las especies*, que califica en sus memorias como «obra inmortal [...] con la que Darwin revolucionaría todas las ciencias biológicas».⁴ Dos años después, en 1862, Kropotkin, que había seguido los estudios en el elitista Cuerpo de Cadetes (o de Pajes) imperiales, elige como destino un regimiento de cosacos acantonado en el extremo oriental del Imperio ruso, en la región del río Amur. Hasta 1867 realizará expediciones de exploración militar y comercial por Siberia Oriental y el norte de Manchuria, recorriendo más de ochenta mil kilómetros de un territorio cuyos «mapas estaban llenos de espacios en blanco y de errores».⁵ Como también lo fue para su her-

2 A. Girón, 2003. Kropotkin between Lamarck and Darwin: The impossible synthesis. *Asclepio* LV, 1: 189-213.

3 P. Kropotkin, 1899. *Memoirs of a Revolutionist*. Houghton Mifflin Company, Boston and New York. The Anarchist Library: theanarchistlibrary.org. (Versión en español *Memorias de un revolucionario*, Oviedo: KRK Editores, 2005).

4 P. Kropotkin, 1899, obra citada, págs. 58-59.

5 J. S. Keltie, 1921. «Obituary: Prince Kropotkin». *The Geographical Journal*, 57 (4): 316-319, pág. 317.